

«¡Oh, amigos! No conviene que sean únicamente uno o dos quienes conozcan los vaticinios que me reveló Circe, la diosa hechicera; y os los voy a contar para que o muramos o nos salvemos todos. Lo primero que nos ordena es rehuir la voz de las sirenas y el florido prado en que viven. Tan solo yo debo oírlas; pero debéis atarme de pie a la parte inferior del mástil con fuertes lazos, para que no pueda moverme. Y en el caso de que os ruegue o mande que me soltéis, atadme con más lazos todavía».

Entretanto, la sólida nave en su curso ligero llegó a la isla de las sirenas: un soplo feliz impulsaba la nave, pero de pronto cesó aquella brisa, una calma profunda se sintió alrededor, como si algún dios alisara las olas.

Se levantaron entonces mis hombres, plegaron la vela y se sentaron a los remos. Yo entretanto corté un trozo de cera y, partiéndolo en trozos pequeños, los fui pellizcando con mi mano robusta. Con los trozos tapé los oídos de mis hombres uno a uno y, a su vez, ellos me ataron de piernas y manos en el mástil con fuertes cuerdas.

Ya estábamos cerca de la costa cuando las sirenas se dieron cuenta del paso de la nave y alzaron su canto sonoro: «Llega acá gloriosísimo Ulises, refrena el ardor de tu marcha para oír nuestro canto porque nadie pasa por aquí sin que atienda a esta voz».

Esto decían con dulcísima voz y en mi pecho yo anhelaba escucharlas. Frunciendo mis cejas mandaba a mis hombres soltar mis ataduras; bogaban doblados contra el remo y, en pie, Perimedes y Euríloco echaron sobre mí nuevas cuerdas.

Cuando al fin las dejamos atrás y no más se escuchaba voz alguna o canción de sirenas, mis fieles amigos se sacaron la cera que yo en sus oídos había colocado al venir y me libraron de mis lazos.

HOMERO, *Odisea*, XII. Adaptado